

Tulio de Sagastizábal

Elogio a la Pintura.

“El ojo ve al mundo y lo que le falta al mundo para ser cuadro, y lo que le falta al cuadro para ser el mismo, y en la paleta el color que el cuadro espera y una vez hecho ve el cuadro que responde a todas sus carencias, y ve los cuadros de los otros, las respuestas a otras carencias.”

M. Merleau Ponty

Hubo un tiempo, quizás incluso antes del comienzo mismo del tiempo, en donde la naturaleza tuvo su infancia. Un tiempo impreciso, en que esta naturaleza aún no se había decidido a devenir en tal o cual cosa como la conocemos hoy en día, con su fisonomía tan propia, sus leyes, su uniformidad, su periodicidad. Antes de toda concreción, antes de que las cosas se materialicen en torno a figuras tan claras como el rayo, la piedra, las hormigas, los tránsitos planetarios y los glaciares, no hubo más que un precario impulso vital, sin otro afán que el de seguir existiendo. Y como la vida sólo puede continuarse si se reproduce, se repite, se multiplica y se extiende, de esta exigencia pulsátil, la naturaleza fue ensayando sus posibilidades de mundo. Al igual que el pintor, fue trabajando con pequeños módulos discretos, explorando las combinaciones de sus elementos y sus infinitas variantes, en un juego de aciertos y desaciertos. De este proceso discontinuo, fueron surgiendo módulos más complejos. Agregados, que por un andadiómeno movimiento de sístole y diástole o una alquimia inesperada, dieron origen a estructuras minerales, estructuras minerales que se volvieron organismos vitales, organismos vitales cada vez más diferenciados.

Las pinturas de Tulio me remontan a este principio de mundo en donde todo estaba aún por hacerse. Como si lo que moviera su mano fuese este mismo elan vital de la creación que, como seres vivos, habita aún en nosotros. Pues si hay algo que define la pintura de Tulio, es esta celebración gozosa del acto de crear. Y como toda creación, procede de la misma forma. Se comienza un cuadro por un impulso ciego de habitar un vacío. Para Tulio el color es una herramienta para ir conquistando un territorio que se presenta a priori como ignoto. Trabaja a tientas, siempre a media luz entre el saber y el no saber. Tulio coloca un color con la frescura de quien no hubiera pintado jamás y como quien no hubiera visitado un museo. Esto no quiere decir que carezca de experiencia, sino por el contrario. Cuanto más avezado sea su ojo, cuanto más avanza en su pintura, mayor es su certidumbre de que es imposible conocer de antemano el resultado. El color no tiene norma, me dice Tulio.

A veces siente que ese territorio lo domina. Pierde el control y aparecen giros inesperados que lo desconciertan. “¿Esto es mío?”, se pregunta, como si una misteriosa fuerza estuviese guiando su mano. Otras, es necesario actuar y volver sobre lo pintado para corregir errores, como quien desanda un camino. Finalmente, cuando lo que aparece en la tela resuena algo en su interior, se tiene la sensación de estar próximo a una evidencia incontestable. Una verdad que es casi una confesión; tan púdicamente íntima, tan entrelazada con su cotidianidad, que parece asombroso que pueda tener carácter universal, o que pudiera decir algo sobre lo real. Cuando la pintura sucede, lo que no siempre ocurre, se está en presencia de un auténtico milagro.

Las charlas con Tulio son siempre reveladoras, su erudición en ciertos temas es extensa. Me cuenta por ejemplo, la historia de un antropólogo inglés que, a partir del estudio de los sobrevivientes de una tribu bosquimana, pudo concluir que las pinturas rupestres, hechas por Y.K.W. Noviembre, 2017.

sus antepasados en unas cuevas en las remotas montañas del Kalahari, eran las anotaciones de los sueños inducidos de los chamanes. Estas imágenes no tenían que ver, como comunmente se cree, con los ritos de la caza y pesca. No se pintaba ni para ofrendar a los dioses ni para fomentar la abundancia, sino que eran el registro de un saber, que un espíritu ancestral manifestaba a unos pocos, y que luego ellos apuntaban para no ser olvidados cuando despertasen de este viaje. Lo que esta anécdota parece indicar, es que la pintura no es otra cosa que la traducción en un lenguaje visual de este encuentro entre lo humano y lo trascendente, entre el ojo y el mundo. Así, para Tulio, la pintura parece relacionarse desde su origen, con el conocimiento y la magia. Y no ha dejado de serlo porque hay algo de chamánico en los pintores, ya lo decía Beuys con cierta pretensión, y también, hay algo de sueño inducido en toda percepción. Y en este tránsito, o quizás en esta aventura, es difícil para el pintor reconocer lo que es suyo y lo que le viene de prestado.

Por eso el mundo de la pintura no es el mundo de la ciencia, no trabaja con la observación y la manipulación de datos, sino que se funda en la receptividad y la entrega. Shitao lo decía así "Pintar es el resultado de la tinta; la tinta se abre al pincel; el pincel se abre a la mano; la mano se abre al corazón. Y todos ellos de la misma forma que el cielo engendra lo que la tierra produce: todo es el resultado de la receptividad". Creo que lo mismo puede decirse de Tulio. En nuestras conversaciones llegamos a la conclusión de que él es un cronista del color. A diferencia de Joseph Albers por ejemplo, quien efectivamente practicaba una investigación sistemática y rigurosa, en Tulio, el color guarda la inmediatez de las anotaciones de un cuaderno de viaje. Nuevamente aparece esta idea de ir avanzando progresivamente un territorio en un viaje desconcido. O como dice Tulio, todo lo que él ha hecho no ha sido otra cosa que parodiar el mundo mediante su pintura. Y hay que entender la parodia en su significado preciso de canto paralelo, sin intención de sátira. Pareciera entonces que la tarea de Tulio comienza con la escucha. El mundo canta una melodía cuyo eco luego él reproduce para devolverle a las cosas una respuesta que ellas mismas buscaban. Y es por eso que sus obras son tan musicales, tan animadas, rítmicas y tan llenas de júbilo.

Pero la pintura no es solo comunicación. Si la pintura brota de este impulso vital, se entiende entonces que pintar es también un afán de persistir. Al igual que Deleuze, Tulio sostiene que la pintura es una resistencia a la muerte. Y esto no tiene nada que ver con un deseo de no ser olvidado, ni con las glorias que sobreviven al pintor reconocido. No se pinta para la posteridad sino para retrasar la propia muerte, como para no sostener una posición depresiva. Se comienza una tela confiando en que será posible volver a ella mañana o pasado para retocarla, o en unas semanas para terminarla. Comenzar un cuadro es anteponer entre un fin eminente y nuestro hoy, un proyecto que la vuelve lejana. Una raza de inmortales seguramente no sentiría esta necesidad y es por eso, los dioses no pintan. Tampoco lo hace alguien que le quedan pocas horas de vida. Sólo quien está habitado por el fantasma de una muerte incierta en el tiempo, puede rebelarse contra su condición finita y tomar un pincel, y aseverar en ese gesto, su voluntad a persistir. Es por eso que para Tulio dejar de pintar sería casi equivalente a renunciar a vivir.

Cuando le preguntaron a Picasso qué le pedía a su obra, Picasso respondió "que respiren". Yo te diría Tulio, que tus pinturas, entre chamanes bosquimanos y cronistas de viaje, no sólo respiran, también cantan. Porque brotan de este principio eterno y vital, y retoman, allí donde la naturaleza ha dejado, la tarea infinita de crearse a sí misma.